

un niño, y de que su identidad heroica sigue ubicada en un futuro aún lejano, que se cumplirá con posterioridad al final de las acciones del poema.

En la conclusión del volumen (pp. 190-203), Rogerson resume las ideas principales de su estudio y reitera su planteamiento de que la ambigüedad es el rasgo central del personaje de Ascanio: siempre es presentado como la promesa de futuro, pero nunca se le permite ingresar definitivamente en la vida adulta; es central como garantía del porvenir glorioso romano, pero al mismo tiempo se destaca repetidamente su vulnerabilidad y los peligros a los que está expuesto. Asimismo, la autora plantea una comparación entre Ascanio y Palante, el joven protegido de Eneas, puesto que ambos son caracterizados como la ilusión de futuro para su *gens*, aunque es el príncipe itálico quien se describe más cercano al héroe en su proceso de convertirse en héroe, más que su propio hijo. Palante muere, de acuerdo con el tópico de la *mors immatura* que aparece una y otra vez a lo largo de *Eneida*; Ascanio sobrevive, pero su heroísmo queda dilatado: “paradoxically, the young character who above all symbolises the future, and who is allowed to live to enjoy it, cannot move into his own future within the narrative time of the epic” (p. 200).

El libro se completa con una muy detallada bibliografía (pp. 204-224), un índice general (pp. 225-229) y un *index locorum* (pp. 230-237). Se trata de una aportación novedosa sobre un personaje siempre relegado en la bibliografía –¿quizás por su propia ambigüedad, como Rogerson postula?–. El análisis textual es exhaustivo y detallado, y abarca no solo la totalidad de *Eneida*, cuyos pasajes son citados oportunamente según el problema tratado en cada capítulo, sino también *Églogas* y *Geórgicas* y otros textos de autores griegos y romanos (Homero, Eurípides, Lucrecio, Horacio, Tito Livio y Ovidio, por mencionar algunos). Rogerson ofrece, pues, una interesante invitación a reconsiderar el personaje de Ascanio y a releer *Eneida*, planteando líneas de análisis no exploradas hasta el momento.

Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

MARÍA EMILIA CAIRO
emiliacairo@conicet.gov.ar

Paula Hershkowitz, *Prudentius, Spain and Late Antique Christianity. Poetry, Visual Culture and the Cult of the Martyrs*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, 254 pp. ISBN 978-1-107-14960-1.

En los últimos años se aprecia un incipiente interés de los estudiosos anglosajones por los temas relacionados con la Hispania tardoantigua, los cuales van rompiendo la barrera que para ellos supone una bibliografía escrita mayoritariamente en castellano y, a juicio de la autora (pp. 6-7), desde presupuestos locales e identitarios. De este nuevo impulso se beneficia la figura universal de Prudencio, que Hershkowitz presenta como poeta de villa que traslada a la aristocracia formada en la *paideía* clásica las novedades espirituales traídas de

Roma e Italia, como sería el culto a los mártires y el uso de las artes plásticas como apoyo de la fe cristiana. El objetivo último de la autora es analizar los poemas 9 y 11 del *Peristephanon*, que desarrollan la historia de los mártires Casiano e Hipólito a partir de las pinturas que acompañaban las tumbas que el propio Prudencio visitó, respectivamente, en Ímola y Roma. A partir de ahí, surge el interés de comprobar si escenas similares se documentan en los restos arqueológicos de Hispania y en una época no posterior al momento en que Prudencio publica su obra (404). El estudio de las evidencias permite poner en tela de juicio algunas creencias y presupuestos muy extendidos entre los especialistas, como 1) que el cristianismo estaba muy arraigado en Hispania ya a fines del s. IV, 2) que este predominaba en su forma nicena (p. 74), cosa que explicaría la política religiosa de Teodosio I por su mera procedencia hispana, o que 3) el culto a los mártires era una práctica habitual desarrollada en tumbas y santuarios antes del 404.

Tras presentar en el primer capítulo («Introduction») la figura del poeta, su carrera administrativa (circunscrita a Hispania hasta su llamada a la corte de Honorio en Milán) y contextualizar su obra en la tradición de la literatura cristiana hispano-romana, la autora aborda el público de Prudencio en el capítulo 2 («Prudentius' Audience: Society and Religious Belief in Late Antique Hispania»). Defiende que la poesía de Prudencio iba destinada a los dueños de las villas rurales, que hacían gala de su formación escolar en mosaicos de tema mitológico. A ellos se dirigiría además con un claro propósito protréptico (p. 38), el de convertir a la fe de Cristo a quienes estaban aferrados al paganismo (de cuyo arraigo serían testimonio algunas aras denominadas “taurobólicas”, tal vez asociadas a la divinidad local Lacubegis) y atraer a la ortodoxia nicena a quienes han caído en la herejía. Tal sería el caso de los seguidores de Prisciliano, sobre el que Prudencio guarda silencio (p.73), si bien algunos elementos de la obra y biografía de este último permiten establecer interesantes paralelismos con aquel: la formación literaria, el interés por el ascetismo y por leer los libros sagrados y debatir cuestiones doctrinales en la privacidad de las villas rústicas, fuera del control de la jerarquía episcopal, cuya red estaba todavía muy poco extendida por las ciudades hispanas.

La autora se figura así a nuestro *villa-poet* en algún salón como los de la villa de La Olmeda (p. 37) pero en su entorno más cercano del Nordeste peninsular o del Sur de la Galia. En esas villas todavía no se descubren construcciones que tengan una clara vinculación funcional con el culto cristiano, como comenzará a ser común a mediados del s.V (p. 66). El motivo de ese cambio lo ha expuesto recientemente P. Brown en un estudio que la autora desconoce (*Por el ojo de una aguja. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en Occidente [350-550 d. C.]*, Barcelona, 2016, traducción del original inglés aparecido en 2012) el cual lo centra en el cambio de mentalidad de la aristocracia que pasa a destinar los recursos del evergetismo cívico al culto cristiano, a ejemplo de Paulino de Nola en Cimitile. En cuanto a la información que ofrece la iconografía de esas villas hispanas respecto a la fe de sus dueños causa extrañeza que, como en la villa

Fortunatus, emblemas cristianos coexistan con iconografía pagana. De nuevo P. Brown sitúa esta aparente incongruencia en el auge de la nueva riqueza surgida con la economía del *aureus* en la era constantiniana. Podríamos recordar un ejemplo de esa generación, Ausonio de Burdeos, cristiano y a la vez capaz de crear unas plegarias a Jano y al Sol con ocasión de su consulado (379) junto con unos *Versus Paschales*. Por eso, como aristócrata educado en la tradición romana, Ausonio es incapaz de entender el rigorismo vital y poético de su antiguo discípulo y amigo Paulino de Nola.

El capítulo tercero («The *Peristephanon* and the Martyrs Cults in Roman Spain») se centra en los himnos del *Peristephanon* que, además de mártires hispanos, de los que se tienen muy pocas noticias previas, contienen el elogio de otros romanos o que con su nombre exaltan la Roma cristiana (Quirino de Siscia y Romano de Antioquía). La búsqueda de evidencias materiales que constaten la raigambre del culto martirial previa a Prudencio resulta negativa (p.109) y las que aparecen contradicen los textos. En el caso de *Emerita*, Prudencio parece exagerar en la descripción de la tumba de Eulalia, muy alejada de la modestia de los restos conservados, y en el caso de *Tarraco*, el análisis de su necrópolis cristiana parecería avalar la existencia de un culto en torno a la figura de Fructuoso, pero en un estadio todavía incipiente en el año 400. Es más, en algunos casos, como el de los anónimos mártires de *Caesaraugusta* Prudencio es el primero en mencionarlos, de lo que se deduce que el *Peristephanon* habría ayudado a dar a conocer, difundir y consolidar su culto.

Los capítulos cuarto («Visual Culture and Martyrs: Prudentius, Painter of Pictures in Words») y quinto («Prudentius' poetry in the Context of the Late Antique Visual Culture of Hispania») abordan por fin la novedad y el alcance de las *ekphraseis* contenidas en *perist.* 9 y 11 y el papel que Prudencio otorga a las artes visuales para difundir la fe cristiana. Prudencio, como también la basílica nolana de Cimitile, dedica sus descriptivos *Tituli* a ilustrar las imágenes de un posible ciclo pictórico, lo que contrasta con la tradición hispana reflejada en los cánones del concilio de Elvira (ca. 306), que prohibía que los lugares de culto se cubriesen con pinturas, para no incitar a la idolatría. Por otro lado, salvo excepciones, no quedan restos de pinturas paleocristianas con escenas de martirio como las que declara haber visto Prudencio en su viaje a Roma, lo que lleva a algunos (p. 151) a dudar de la veracidad de este y a apelar a la imaginación poética. Por ello la autora intenta, primero, situarlos dentro de la tradición retórica de la *ekphrasis*, que cuenta ya con precedentes cristianos y, en segundo lugar, analiza los elementos que configuran las escenas del martirio de Quirino e Hipólito y el significado que reciben. Y es que con su sacrificio los dos protagonistas parecen redimir un pasado cuestionable (la crueldad pedagógica y el desvío novacianista respectivamente) y, además, el martirio del segundo parece estar configurado como un intento de suplantar el mito pagano, habitual en sarcófagos, de la trágica muerte del Hipólito mítico y su resurrección por las artes de Quirón.

Aun admitiendo que Prudencio viera algo que posteriormente describió según la percepción subjetiva y emocional del momento (p. 208) y lo amplificó para darle forma literaria, la escasez de paralelos romanos no cuestiona de por sí la veracidad autobiográfica de los dos himnos. En cuanto a la iconografía existente en Hispania hasta entonces, los mosaicos presentan en su mayoría escenas típicas de caza, de espectáculos del circo y el anfiteatro, y de diversas deidades paganas con la intención de mostrar la heroicidad del *dominus*, la fertilidad de su hacienda y sus gustos literarios y culturales. Por lo que se refiere a temas míticos, los ejemplos conservados se ajustan un elenco bastante uniforme (escenas báquicas, las musas, versos de Virgilio, Júpiter y sus amantes, Psique y Cupido, Venus) y constituyen el referente de numerosos pasajes de la poesía prudenciana (p. 173). Lo mismo podría decirse de la escultura, aunque resulta más difícil precisar el emplazamiento y la función de las piezas en una época que asiste a la destrucción de templos paganos, como denuncia Prudencio en *c. Sym.* 2.502-5. En lo que atañe a la iconografía cristiana, la autora constata que muchos de los temas de los *Tituli historiarum* aparecen en sarcófagos hispanos, si bien el ejemplo que más se acerca a la función que reclama Prudencio para las artes plásticas sería el mosaico corrido de la cúpula de Centcelles con las escenas bíblicas de Lázaro, los tres hebreos en el horno, Daniel en el foso de los leones y Adán y Eva.

En términos generales este libro constituye un estudio original y fresco y una aportación considerable al estudio de Prudencio, en especial en lo que toca a la identificación de su público que, a nuestro juicio, la autora parece restringir al campo y descuidando las ciudades. De hecho, la autora (p. 215) reconoce que el teólogo “amateur” actúa al amparo del obispo Valeriano (*¿Calagurris?*) y son las ciudades hispanas las que se ven exhortadas a celebrar a sus mártires locales a imagen de lo visto en la capital del imperio. Sin que se formule una respuesta concreta, el éxito que testimonian los autores galo-romanos y visigodos muestra que el papel de los himnos prudencianos a los mártires fue decisivo. Notorio es también que la autora abra un nuevo terreno a la investigación en el mundo anglosajón, proyectando fuera de nuestras fronteras una bibliografía producida muchas veces fuera de circuitos internacionales. En cuanto a la bibliografía, abundante y completa, solo echamos de menos la revisión que sobre el Priscilianismo en el valle del Ebro realiza M. V. Escribano en el volumen 27 de la colección “Mariano de Pano y Ruata” y que afecta de lleno al ámbito de Prudencio («El primer cristianismo en las fuentes escritas» en A. Mostalac Carrillo y M. V. Escribano Paño (eds.), *El cristianismo primitivo en Aragón*, Zaragoza, 2009, pp. 37-73), sobre todo cuando la autora conoce y cita el volumen 20 de esa misma colección. Finalmente, en lo que atañe a la presentación, la autora debería haber prestado más atención a la grafía de nombres y topónimos españoles.

Universidad de Zaragoza

ALFREDO ENCUENTRA ORTEGA
alfenc@unizar.es